



Edición gratuita para el pueblo de Dios

## PROLOGO:

Este pequeño libro contiene una colección de conversaciones y cartas del hermano Lorenzo. Por medio de ellas, él nos lega su testamento más valioso, su experiencia y testimonio del continuo caminar en la gracia y misericordia de Dios.

Nicolás Hermán, que fue conocido como el hermano Lorenzo, nació en 1610 en Lorraine, Francia. Hombre iletrado y de cuna humilde que siendo soldado, fue herido en batalla y quedó cojo para el resto de su vida. Tiempo después sirvió como lacayo hasta que ingresó en 1666 como laico en la orden religiosa de los Carmelitas Descalzos. Allí sirvió de cocinero hasta el fin de sus días, muriendo a la edad de ochenta años en 1691.

Sus conversaciones y cartas son dirigidas a personas religiosas cuyas identidades desconocemos. Tal parece que las conversaciones, que datan de 1666 a 1667, fueron escritas por un Sr. Beaufort, gran vicario del Sr. de Chalons, antiguo cardenal de Noailles, y por cuya recomendación se publicaron las cartas en 1692. Posteriormente, se sucedieron a esa publicación infinidad de ediciones.

Más a pesar de los siglos transcurridos, el mensaje contenido en estos escritos sigue vivo. El hermano Lorenzo continúa transmitiéndonos, con su sencillez personal y fortaleza de alma, una paz y aliento espiritual que responden a muchas de nuestras inquietudes humanas.

La clave que él nos ofrece para obtenerlas es la práctica de la presencia de Dios en todo momento, aun en los múltiples quehaceres diarios que a menudo nos distraen del amor y continúa conciencia de Dios. El hermano Lorenzo nos pide que nos acerquemos más a nuestro Padre y Creador, y que nos dediquemos a Él con fervor, desterrando todo lo demás de nuestros corazones.

Como traductor de esta pequeña obra, me es grato presentar este magnífico libro a los lectores de habla española, esperando les sirva de inspiración y les

indique la senda más corta y segura de disfrutar de la experiencia personal de la presencia de Dios.

Ángel Sánchez Escobar Traductor

## **LA PRACTICA DE LA PRESENCIA DE DIOS**

La práctica de la presencia de Dios es una de las grandes riquezas que nos ha transmitido el Hermano Carmelita descalzo Lorenzo de la Resurrección. Para que puedas gustar esta espiritualidad te ofrecemos unos pensamientos tomados de la revista ORAR (nº 177) En ella se nos ofrece un pequeño itinerario para obtener el hábito de la PRESENCIA DE DIOS.

### **Punto de partida**

Ese hombre de Dios que fue el Hno. Lorenzo te fórmula para comenzar una pregunta un tanto comprometedor: ¿Cómo puedes «contentarte con tan poco» mientras Dios quiere enriquecerte con su Presencia vivificadora...?

Y él mismo se apresura a brindarte su solución... -Dios tiene para darnos tesoros infinitos, y nosotros nos contentamos, a los más, con alguna práctica ritual o alguna que otra devocioncilla sensible que dura un momento... ¡Qué ciegos que somos!, pues con ello atamos las manos a Dios y ponemos coto a la abundancia de sus gracias. Pero si encuentra un alma rebosante de fe viva, derrama sobre ella gracias abundantes. Y es que Dios es muchas veces como un torrente retenido por la fuerza en contra de su curso normal, por ello, al encontrar una salida, se derrama impetuoso y desbordante.

### **¿Cómo comenzar?**

Cultivando la práctica de la Presencia de Dios. Y para ello parte de hechos bien concretos fundados en su propia experiencia...

- Sin la ayuda de Dios, no podemos escapar de los peligros que abundan en esta vida ¿Y cómo puedes esperar su ayuda continúa si no oras continuamente? ¿Pero cómo puedes orar continuamente si no eres consciente de la Presencia de Dios? ¿Y cómo podrás mantenerte en su

Presencia si no piensas a menudo en Él? Finalmente, ¿cómo puedes pensar en Él a menudo, si no adquieres el hábito de la Presencia de Dios?

- Y es que para amar, hay que conocer. Y para conocer a Dios, hay que pensar en Él con frecuencia. Y cuando lleguemos a amarle, pensaremos en Él con más frecuencia, pues nuestro corazón estará donde esté nuestro tesoro (Mt 6, 21). Pensemos, pues, en Él con frecuencia; sí, pensemos mucho en Él.

- Al principio, es necesario un poco de dedicación para crear el hábito de conversar continuamente con Dios y de contarle todo lo que hacemos; pero tras un pequeño esfuerzo, pronto sentiremos cómo su amor nos despierta sin el menor trabajo. Si alguna vez me alejo de Dios, por necesidad o por enfermedad, Él me llama enseguida por medio de unos movimientos interiores tan fascinantes y deliciosos, que siento confusión de hablar de ello. A base de reiterar estos actos, se nos van haciendo familiares, y la presencia de Dios se vuelve casi natural.

- Cuando le ocurría pasarse un rato largo sin pensar en Dios, no se alteraba por ello, sino que, después de confesarle a Dios su miseria, se volvía a Dios con tanta mayor confianza cuanto más miserable se sentía por olvidarse de Él con tanta facilidad.

- Un medio para recoger con facilidad el espíritu durante el tiempo de oración y mantenerlo sosegado, es no dejarle tomar muchos vuelos durante la jornada. Es preciso mantenerlo centrado en la Presencia de Dios: si usted se acostumbra a acordarse de Él de vez en cuando, le será fácil estar tranquilo durante la oración, o por lo menos recogerlo cuando se distraiga... También cuando fallamos cuando experimentamos nuestra debilidad y caemos, tenemos una razón más para ir hacia Dios. ¿No ha venido Él mismo a «buscar» lo que estaba perdido? (Lc 19,10). El Hno. Lorenzo exclama: "¡Ah, si supiésemos confiar a Dios nuestra pobreza...!"

- Dios parece elegir a los que han sido más grandes pecadores para otorgarles sus mayores gracias, antes que a los que han permanecido en la inocencia, ya que eso demuestra mejor su bondad. Por ello, la mayor gloria

que podemos tributar a Dios es desconfiar totalmente de nuestras propias fuerzas y confiar plenamente en su protección. Pues bien, ya que por su misericordia nos concede todavía un poco más de tiempo, ¡comencemos de una buena vez! Recuperemos el tiempo perdido. Volvámonos con plena confianza hacia este Padre de bondad, que siempre está dispuesto a perdonar y recibirnos con amor.

- Le confieso todas mis travesuras; le pido perdón por ellas y me abandono entre sus manos para que haga de mí lo que quiera. Y ese Rey lleno de bondad y de misericordia, lejos de castigarme, me abraza con amor, me hace comer a su mesa, me sirve con sus propias manos, me entrega las llaves de sus tesoros y me trata en todo como si yo fuera su favorito; conversa y se goza conmigo sin cesar de mil y mil maneras, sin recordarme el perdón ni despojarme de mis viejos hábitos. Por más que le pido que me haga según su corazón, me veo cada día más débil y más miserable, y sin embargo, más mimado por Dios.

### **Hemos de vivir la Presencia de Dios en cualesquier circunstancia:**

- No se sienta preso -le dice a uno de sus dirigidos- por normas y devociones particulares. Cúmplalas con fe, con amor y con humildad. Debemos procurar, eso sí, que todas nuestras actividades, sean cuales fueren, sean algo así como pequeños encuentros con Dios; pero no de una manera estudiada, sino como si naciesen de la pureza y sencillez del corazón. Por ello, creo que el ejercicio más santo, más común y más necesario en la vida espiritual es el de la Presencia de Dios: acostumbrarse a su compañía divina y sentirse a gusto a su lado, hablando humildemente y conversando amorosamente con Él en todo tiempo, en cualquier momento, sin reglas ni medidas, sobre todo en los momentos de tentación, de sufrimiento, de aridez, de desgana, e incluso en los de infidelidad y de pecado.

- Piense, por ello, que para estar con Dios no es necesario pasarse todo el día en la iglesia; podemos convertir nuestro corazón en un oratorio al cual

retirarnos de tanto en tanto para conversar con Él tranquilamente, humildemente, amorosamente. Todos somos capaces de tener estos momentos de intimidad con Dios, unos más y otros menos: Él sabe bien lo que puede cada uno. Acostúmbrese poco a poco a adorarlo de ese modo, a pedirle su gracia, a ofrecerle de vez en cuando el corazón a lo largo del día, en medio de sus labores, en todo momento si usted puede.

Al oír a Lorenzo hablar de las «pequeñas cosas» de cada día que podemos llenar de mucho amor, uno casi creería que Teresa de Lisieux se hubiese inspirado en Él.

- No debemos cansarnos de hacer pequeñas cosas por amor de Dios, que no mira la magnitud de la obra sino el amor. Y no debemos extrañarnos si fallamos en ello muchas veces al principio; al final, llega el hábito, que nos hará realizar nuestros actos sin pensarlo y con un gusto admirable.
- No es necesario hacer grandes cosas: yo doy vuelta a la tortilla en la sartén por amor de Dios; cuando he terminado, si no tengo otra cosa que hacer, me postro en tierra y adoro a mi Dios de quien me ha venido la gracia de poderla hacer, después de lo cual me levanto más contento que un rey (Mt 10). «Orad en todo momento » (1 Tes 5,17). El Hno. Lorenzo vive el consejo de san Pablo.
- Gracias a la presencia de Dios y a esa mirada interior -sigue diciéndonos-, el alma se familiariza con Dios de tal manera, que pasa casi toda su vida en continuos actos de amor, de adoración, de contrición, de confianza, de acción de gracias, de ofrenda, de petición y de todas las más altas virtudes. Y a veces eso acaba por convertirse en un único acto que no tiene fin, pues el alma vive ya siempre en un continuo ejercicio de Presencia de Dios. Ya sé que existen pocas personas que hayan llegado a este estado: es ésta una gracia que Dios concede solamente a algunas almas elegidas, pues en definitiva esta mirada sencilla es un regalo de su mano generosa. Pero para consuelo de quienes quieran abrazar este santo ejercicio, quiero decir que Dios suele concederla a las almas que se disponen para ello. Y si no la concede, al menos puede adquirirse con el auxilio de las gracias ordinarias,

por medio del ejercicio de la Presencia de Dios, una forma y un estado de oración que se acerca mucho a esa mirada sencilla.

La Fuente de donde brota la vida. Su relación con Dios es tan profunda como sencilla. Con mucha frecuencia su oración no consiste en otra cosa que en una experiencia mística, pasiva, totalmente receptiva a la Presencia y al Ser de Dios.

- Siente -habla de sí mismo en tercera persona- como si este Dios de amor, con-formándose con esas pocas palabras, se reclinase y se durmiese en el fondo y centro de su alma. El experimentar estas cosas le hace estar tan seguro de que Dios está siempre en el fondo de su alma, que no puede albergar la menor duda acerca de ello, haga lo que haga y pase lo que pase. De ahí puede usted juzgar el contento y la satisfacción de que goza. Al sentir continuamente dentro de sí tan gran tesoro, ya no tiene que preocuparse por encontrarlo ni sufre por tener que buscarlo: ese tesoro se le ha descubierto por completo y Él es libre de tomar de Él todo lo que quiera... Él sabe bien que ese encuentro con Dios tenía lugar en el fondo y en centro de su alma. Allí es donde el alma habla con Dios de corazón a corazón, y siempre en una paz grande y profunda, de que el alma goza en Dios.

- Como su único medio para ir a Dios era hacerlo todo por amor a Él, le era indiferente estar ocupado en una cosa o en otra, con tal de hacerla por Dios. Era a Él, y no a la cosa, a quien miraba... Todo lo que hacemos hay que hacerlo a conciencia, sin prisas ni precipitaciones, que denotan un espíritu disipado. Se debe trabajar sin prisas, tranquilamente, con amor para con Dios.

(Tomado de la revista ORAR, nº 177)

## CONVERSACIONES

### Primera Conversación

Conversión y empleo. Satisfacción en la Presencia de Dios. Fe y constante entrega a Dios.

La primera vez que vi al hermano Lorenzo fue el tres de agosto de 1666. Él me dijo que, en su conversión a la edad de dieciocho años, Dios le había concedido un favor muy especial.

Que en el invierno, al contemplar un árbol despojado de sus hojas y al darse cuenta que al poco tiempo las hojas volverían a renacer, e incluso que poco después las flores y los frutos aparecerían, recibió una revelación tan clara de la providencia y del poder de Dios que jamás se había borrado de su alma. Que esta visión le había liberado del mundo y que había inflamado en él un amor tan grande, que no sabía decir si había incrementado en los cuarenta años que había vivido desde entonces.

Que había sido lacayo del señor Fieubert, el tesorero, y que, siendo un tanto corpulento, rompía todo lo que pasaba por sus manos.

Que había deseado ingresar en un monasterio, creyendo que allí encontraría un remedio para sus torpezas y las faltas que cometiera, y así poder entregar su vida, con sus placeres, a Dios; pero que Dios le había defraudado, que no le había dado sino satisfacciones en este estado.

Que deberíamos afirmarnos en la Presencia de Dios mediante un diálogo constante con El. Que era insensato descuidar tal diálogo al distraernos con asuntos superfluos.

Que deberíamos alimentar y sustentar nuestras almas con un elevado concepto de Dios; pues el consagrarnos a Él nos sería altamente grato.

Que debemos avivar nuestra fe. Que era lamentable que tuviéramos tan poca; y que los hombres, en vez de aceptar la fe como su norma de conducta, se distraían con devociones triviales sin perseverancia alguna. Que el camino de la fe era el espíritu de la iglesia, y que eso era suficiente para conducirnos a un alto grado de perfección.

Que debemos entregarnos a Dios, tanto a través de las cosas temporales como espirituales, y buscar nuestra más íntima satisfacción, solamente en el cumplimiento de su voluntad, sea que Él nos conduzca por un camino de sufrimiento o de consuelo, porque todo lo resiste un alma verdaderamente entregada a Él. Que era necesario perseverar en medio de los momentos de frialdad y tedio en la oración, pero que éstos eran medios de los que se servía Dios para probar nuestro amor hacia Él; que éste era el momento propicio para que hiciéramos actos eficaces de abnegación personal que podrían aumentar considerablemente nuestra vida espiritual.

Que, a pesar de todas las miserias y los pecados: de los que había oído, no se asombraba sino que, al contrario, se sorprendía de que no existieran | más, cuando pensaba en lo que era capaz la maldad de los pecadores; que él había orado por ellos, pero que sabiendo que Dios podría remediar el mal que ellos cometían cuando a Él le placiera, ya no se había preocupado más.

Que, para poder lograr la entrega que Dios requiere de nosotros, deberíamos cuidarnos expresamente de aquellas pasiones que mezclan las cosas espirituales con las de naturaleza profana; que Dios daría discernimiento sobre esas pasiones a aquéllos que verdaderamente desean servirle. Que si ésta era mi intención, esto es, servir sinceramente a Dios, que podía acudir a él (al hermano Lorenzo) tantas veces como lo deseara sin temor a ser inoportuno; pero que si no era ésta mi intención, que ya no le visitara más.

## Segunda Conversación

El amor como guía de nuestras acciones. Temor que se convierte en gozo. Diligencia y amor. Sencillez la clave del divino socorro. Quehaceres exteriores y en la comunidad.

Que se había guiado siempre por el amor, sin ningún tipo de egoísmo; y que habiendo decidido hacer del amor de Dios la meta de todas sus acciones que él había encontrado razones más que suficientes para estar completamente satisfecho con su método. Que se deleitaba con actos tan sencillos como el recoger un trozo de paja del suelo por el amor a Dios, y solamente por El, nada más que por El, sin pensar siquiera en los favores que El pudiera concederle.

Que había estado preocupado por largo tiempo por la creencia de que sería condenado; que nadie en el mundo podría haberle convencido jamás de lo contrario; pero que así había razonado consigo mismo sobre eso: «Yo no he ingresado en una vida religiosa sino por el amor de Dios, y todas mis acciones han sido encaminadas a Él; pero sea lo que fuere de mí, si me condeno o me salvo, siempre continuaré actuando sencillamente por el amor de Dios. Al menos tendré algo en mi favor, que hasta la muerte todo lo habré hecho por amor a Él.» Que esta tribulación le había durado cuatro años, tiempo durante el cual había sufrido mucho; pero que desde ese momento, él había gozado de libertad y felicidad continuas. Que había presentado sus pecados a Dios, como si tratara de decirle que no merecía sus favores; pero que Dios perseveraba aún en favorecerlo abundantemente.

Que para cultivar una vida de conversación continua con El y encauzar todo lo que hacemos hacia Él, que al principio debíamos dirigirnos a Él con frecuencia, pero que después de cierta constancia en ello, Su amor nos incitaría interiormente a hacerlo sin dificultad alguna.

Que él esperaba, después de los placenteros días que Dios le había concedido, otros momentos de dolor y sufrimiento; pero que no tenía

desasosiego por ello al saber bien que no podía hacer nada por sí mismo; Dios no se olvidaría de darle la fuerza necesaria para sobrellevarlo todo.

Que cuando se presentaba la ocasión de practicar alguna virtud, él se encomendaba a Dios diciendo, «Señor, yo no soy capaz de hacer esto a no ser que Tú me lo permitas»; y que en ese momento, él recibía fuerza más que suficiente.

Que cuando había faltado al cumplimiento de sus deberes, él solamente confesaba su falta diciéndole a Dios, «Nunca podré corregirme si Tú me dejas solo; Tú debes evitar mi caída y rectificar en mí lo malo.» Que después de esto, él ya no sentía intranquilidad alguna.

Que debemos actuar para con Dios de la forma más sencilla, hablándole con sencillez y franqueza, implorando su ayuda en nuestros asuntos, a medida que éstos acontecieran. Que Dios nunca se olvidaba de concedérsola, tal como El, a menudo, lo había comprobado.

Que, últimamente, había sido enviado a Burgundy a comprar una provisión de vino para la congregación, lo cual le resultaba una molesta tarea, porque él no servía para los negocios, y porque era cojo y la única manera de caminar por el bote era rodando sobre los barriles. Que, sin embargo, no se intranquilizaba, ni por eso, ni por la compra del vino. Que él le decía a Dios que eran Sus asuntos los que trataba, y que después encontraba que todo estaba bien llevado a cabo. Que el año anterior, había sido mandado a Auvergne para el mismo asunto, que no podía explicar cómo pasó todo, pero que le resultó bien.

Así, igualmente, con sus tareas en la cocina (por las que naturalmente sentía una gran aversión), pues habiéndose acostumbrado a hacerlo todo allí por el amor de Dios, pidiéndole en todas las ocasiones que le concediese de su gracia para desempeñar bien su trabajo, todo lo había encontrado fácil durante los quince años que allí había trabajado.

Que le contentaba mucho el trabajo que ahora tenía; pero que estaba tan dispuesto a dejarlo como lo estaba con el anterior, ya que siempre se complacía en cualquier tarea haciendo pequeñas cosas por el amor de Dios.

Que para él las horas dedicadas a la oración no eran diferentes de las otras horas; que él se retiraba para orar, siguiendo las direcciones de su superior, pero que él no quería ese retiro, ni tampoco lo pedía, porque ni siquiera sus asuntos más inmediatos le apartaban de Dios.

Que como él sabía que su obligación era la de amar a Dios en todas las cosas y como se esforzaba por así hacerlo, él no necesitaba la absolución de nadie. Que era consciente de sus faltas, pero que no se desanimaba a causa de ellas; que se las confesaba a Dios y no intercedía más para que se las disculpara. Cuando había hecho eso, él reanudaba su práctica habitual de amor y de oración.

Que los pensamientos inútiles todo lo echaban a perder; que allí radicaba el mal; pero que nosotros debemos rechazarlos en el momento en que nos diéramos cuenta de su equívoca influencia en nuestro asunto más inmediato, nuestra salvación; y la reanudación de nuestra comunión con Dios.

Que al principio él había pasado su tiempo dedicado a la oración, rechazando vagos pensamientos y volviendo a caer en ellos. Que nunca podía disciplinar sus devociones como algunos hacían. Que, sin embargo, al principio, él había meditado por algún tiempo, pero, después, aquello se disipó de una manera que no podía explicar.

Que la flagelación corporal y otras prácticas no son de utilidad a menos que se usen como un medio para alcanzar la unión con Dios por el amor; que él había considerado esto cuidadosamente y había encontrado el camino más corto para llegar directamente a El mediante la práctica continua del amor, y haciendo todas las cosas por El.

Que debemos hacer una gran diferencia entre los actos del entendimiento y los de la voluntad; que los primeros en comparación con los otros eran de escaso valor. Que nuestro único quehacer era amar y complacernos en Dios.

Que todas las clases posibles de mortificaciones, si no están dirigidas hacia el amor de Dios, no podrían borrar un simple pecado. Que debemos, sin ansiedad, esperar el perdón de nuestros pecados en la Sangre de Jesucristo, esforzándonos solamente en amarle con todo nuestro corazón. Que Dios parecía haber otorgado los favores más grandes a los más grandes pecadores, como el monumento más grandioso de su gracia.

Que los sufrimientos o los placeres más grandes de este mundo no se comparaban con los que él había experimentado en el estado espiritual; que por lo tanto, no se preocupaba por nada, ni temía nada, deseando solamente una cosa para con Dios, esto es, no ofenderle.

Que él no tenía remordimientos, porque, decía él, «cuando faltó a mi obligación, lo reconozco en seguida, diciendo, —yo estoy acostumbrado a actuar de esta manera; nunca podré cambiar si estoy a mi propia merced. — Si no cometo faltas, entonces le doy gracias a Dios, reconociendo que viene de Él».

### **Tercera Conversación**

Fe y amor. Los asuntos exteriores no nos deben apartar de Él. El camino más seguro es una completa entrega.

Él me dijo que el fundamento de su vida espiritual había sido un elevado concepto de Dios por la fe; el cual, una vez comprendido satisfactoriamente, no se había preocupado al principio de otra cosa sino de rechazar muchos de sus pensamientos, para hacerlo todo por el amor de Dios. Que algunas veces cuando se llevaba algún tiempo sin pensar en Dios, no se intranquilizaba por ello; sino que, después de reconocer su debilidad delante de Dios, había vuelto a Él con tan reanudada confianza como antes se había sentido miserable por haberle olvidado.

Que la confianza que depositamos en Dios le honra a Él y se transforma en grandes dones.

Que era imposible no sólo que Dios nos defraudara sino que permitiese que un alma totalmente entregada y dispuesta a soportarlo todo por El sufriera durante mucho tiempo.

Que él a menudo había sentido el pronto auxilio de la divina gracia en todas las ocasiones, y que por la misma experiencia, cuando tenía algunos asuntos que atender, no se había preocupado por ellos con antelación; sino que cuando llegaba la hora de hacerlos, él había encontrado en Dios, como en un espejo transparente, todo lo que estaba convenido que él hiciese. Que últimamente había obrado así, sin preocuparse con anterioridad; pero que antes de esta experiencia mencionada, él se había preocupado mucho por sus asuntos.

Que cuando asuntos externos le desviaban un poco del pensamiento de Dios, un fresco soplo procedente de Dios invadía su alma, y así radiante le transportaba a él a un estado donde no se podía contener a sí mismo.

Que estaba más unido a Dios en sus ocupaciones exteriores que cuando las dejaba para retirarse a orar.

Que él esperaba grandes pesares en su alma y en su cuerpo; que lo peor que le podía acontecer era perder el estar consciente de Dios, del cual había disfrutado por tanto tiempo; pero que la bondad de Dios no le abandonaría por completo y que le daría fuerzas suficientes para soportar cualquier tipo de calamidad que le sobreviniese; y que, por lo tanto, no temía nada, y que no tenía muchas oportunidades para consultar con nadie sobre su estado espiritual. Que cuando había intentado hacerlo, siempre había terminado más confuso, y que como era consciente de su predisposición a entregar su vida por el amor de Dios, no tenía ningún presentimiento de peligro. Que una perfecta entrega a Dios era el camino seguro al cielo, un camino en el que él siempre había encontrado una norma de conducta.

Que en los inicios de la vida espiritual nosotros debíamos ser fieles en cumplir con nuestros deberes y negarnos a nosotros mismos; pero que

placeres indecibles le seguían; que en las dificultades sólo teníamos que recurrir a Jesucristo y pedirle su gracia; con la que todo se facilitaba.

Que muchos no avanzan en su vida cristiana porque se detienen en las penitencias y prácticas privadas mientras que menosprecian el amor de Dios, el cual es el primer y el último objeto de nuestra vida. Que esto se veía claramente por sus obras y era la razón por la que se contemplaban pocos casos de una virtud firme y auténtica.

Que no se necesitaba ni arte ni ciencia para llegar a Dios, sino un corazón resuelto a no entregarse a otro menester sino a Él, o por El, y amarle solamente a Él.

#### **Cuarta Conversación**

La forma de llegar a Dios. Renunciación sincera. La oración y alabanza a Dios evitaría nuestro desánimo. Santificación al dedicar nuestras obras a Dios. Oración y la presencia de Dios. La esencia de la religión. Analizar lo que somos. Experiencia personal.

El conversaba a menudo conmigo y, con gran franqueza de corazón, sobre su forma de dirigirse a Dios, de la cual ya se ha mencionado una parte.

Me dijo que todo consistía en una renuncia sincera de aquello que no nos conduzca a Dios; que debemos acostumbrarnos a una conversación continua con El, con libertad y sencillez. Que sólo necesitamos reconocer la presencia íntima de Dios en nosotros, dirigirnos a Él en cada momento, que le roguemos su ayuda en conocer su voluntad en las cosas dudosas y cumplir apropiadamente aquellas en las cuales vemos que Dios nos solicita, ofreciéndoselas a El antes de realizarlas y dándole gracias cuando las hayamos hecho.

Que en esta conversación con Dios también debemos orar, adorarle y amarle continuamente por su infinita bondad y perfección.

Que, sin que nuestros pecados nos desanimen, debíamos pedirle su gracia con confianza, dando fe en los méritos infinitos de nuestro Señor. Que Dios no nos abandonaba sino que nos ofrecía su gracia en cada acto; que él lo había percibido claramente y que nunca se sintió defraudado, a no ser cuando sus pensamientos se habían alejado del sentido de la Presencia de Dios, o se había olvidado de pedirle su auxilio.

Que Dios siempre nos daba discernimiento en nuestras dudas cuando no teníamos sino la intención de complacerle.

Que nuestra santificación no depende en lograr nuestras obras sino en hacer por Dios lo que generalmente hacemos por nosotros mismos. Que era lamentable ver como tanta gente confundía los medios con el fin, habituándose a ciertas obras que realizaban con imperfección por razones de sus intereses humanos o egoístas.

Que el mejor método que había encontrado de llegar a Dios era el de hacer nuestras tareas cotidianas sin la idea de complacer a los hombres, sino que (hasta el extremo en el que fuéramos capaces) hacerlas sencillamente por el amor de Dios.

Que era un gran error el pensar que los momentos dedicados a la oración diferían de otros momentos; que estamos tan sumamente obligados a unirnos a Dios mediante la acción en el momento de la acción como mediante la oración durante el período de la oración.

Que su oración no era sino un sentido de la presencia de Dios, su alma en ese momento era sensible solamente al amor divino; y que cuando el tiempo dedicado a la oración terminaba, él no encontraba ninguna diferencia porque todavía continuaba con Dios, orando y bendiciéndole con todas sus fuerzas, por lo que él pasaba su vida en gozo continuo; a veces incluso esperaba recibir un poco de sufrimiento para poder crecer más firme en la gracia.

Que debemos, de una vez y para siempre, depositar con sinceridad nuestra confianza en Dios y rendirnos completamente a Él, seguros de que Él nunca nos defraudaría.

Que no debemos sentirnos abrumados si hacemos pocas cosas por el amor de Dios, ya que a Él no le importa la grandeza de las obras sino el amor con que se hacen. Que no debemos desanimarnos si, al principio, fracasamos en nuestros esfuerzos, ya que al final nos formaremos un hábito que producirá con naturalidad su efecto en nosotros, sin que tengamos que preocuparnos por ello, y para nuestro sumo deleite.

Que la esencia de la religión era la fe, la esperanza y la caridad; cuya práctica nos conducirá a la unión con la voluntad de Dios; que todo lo demás era indiferente y para ser usado como un medio que podamos llevar con nosotros a la meta trazada, y una vez allí, ser completamente absorbido por el efecto de la fe y la caridad.

Que todas las cosas son posibles para aquel que cree, que son menos difíciles para aquel que espera, e incluso mucho más fáciles para aquel que persevera en la práctica de estas tres virtudes.

Que la meta que debemos proponernos en esta vida es llegar a ser, dentro de lo posible, los más perfectos adoradores de Dios, así como esperamos serlos a través de toda la eternidad.

Que, cuando nos iniciamos en la vida espiritual, debemos analizar profundamente lo que somos; y entonces nos hallaríamos dignos de todo menosprecio y que no merecemos el nombre de cristianos; sometidos a todo tipo de miseria y a un sinnúmero de desgracias, las cuales nos preocupan y causan vicisitudes continuas en nuestra salud, en nuestro carácter, en nuestra predisposición externa e interna; personas, en fin, a las que Dios humilla con muchas penas y tareas fatigosas. Ante esto, no debemos creer que las turbaciones, las tentaciones, los obstáculos y las contrariedades sobrevienen por causa de los hombres. Debemos, al contrario, resignarnos y soportarlas todo el tiempo que Dios crea conveniente, como algo sumamente ventajoso para nosotros.

Que a cuanta mayor perfección anhela el alma, mayor es su dependencia de la gracia divina.

Siendo preguntado por alguien de su propia congregación (a quien él estaba obligado a explicarse) de qué métodos se había servido para alcanzar tal sentido habitual de Dios, él le dijo que desde su llegada al monasterio, él había considerado a Dios como el fin de todos sus pensamientos, como la meta final hacia la que ellos deben dirigirse y en la que deben terminar.

Que al comienzo de su noviciado él había pasado las horas dedicadas a la oración privada, pensando en Dios, como para convencerse a sí mismo y grabar profundamente en su corazón la divina existencia, como un medio más apropiado que los sentimientos devotos y sumisión a la clarividencia de la fe, que por razonamientos estudiados y meditaciones elaboradas. Que mediante este método corto y seguro, él se ejercitaba en el conocimiento y el amor de Dios, resuelto a depositar todos sus esfuerzos para vivir en un sentido continuo de su presencia, y, en lo que fuera posible, no olvidarle nunca más.

Que, de esta manera, henchida su alma con un profundo sentimiento del Ser infinito, él iba a sus tareas en la cocina (porque era el cocinero de la comunidad religiosa). Habiendo considerado seriamente lo que su oficio requería, y cuándo y cómo debería hacer cada cosa, él pasaba los intervalos, tanto antes como después de su trabajo, en oración.

Que, cuando empezaba sus tareas, él decía a Dios, con una filial confianza en Él, «Dios mío, ya que Tú estás conmigo y ahora debo ocuparme en estos asuntos, te suplico me concedas de tu gracia para continuar en tu presencia; y de esta manera, favoréceme con tu auxilio, acepta todas mis obras y sea tuyo todo mi afecto.» Y, mientras proseguía con su trabajo, continuaba su íntima conversación con el Hacedor, implorándole su gracia y ofreciéndole todas sus acciones.

Cuando concluía, él se examinaba a sí mismo, y cómo había desempeñado su deber; si reconocía que «bien», se lo agradecía a Dios; si no era así, él le rogaba su perdón y, sin desanimarse, disciplinaba su mente una vez más, continuando su ejercicio de la Presencia de Dios, como si nunca se hubiere desviado de ella. «Así», decía él, «por levantarme después de las caídas y por

los actos de fe y amor, continuos y renovados, yo me adentro en un estado en el que me es tan difícil no pensar en Dios como me era al principio acostumbrarme a ello.»

Como el hermano Lorenzo había llegado a conocer el beneficio de caminar en la presencia de Dios, era natural que él lo recomendara encarecidamente a otros; pero su ejemplo era un aliciente mucho más patente que cualquier argumento que propusiera.

Su semblante edificaba, irradiaba tanta calma y devoción que conmovía a aquellos que estaban en su presencia; y en la mayor confusión de los quehaceres de la cocina, él conservaba su recuerdo de Dios y su predisposición a Él. Nunca se apresuraba demasiado, ni tampoco era un holgazán, sino que hacía cada cosa a su tiempo con una firme e imperturbable serenidad y tranquilidad de espíritu. «El momento de las tareas», decía él, «no se diferencia del momento de la oración, y en el ruido y ajetreo de mi cocina, cuando muchas personas requieren al mismo tiempo diferentes cosas, yo gozaba de Dios con tanto sosiego como si estuviera arrodillado ante su bendita Presencia.»

## CARTAS

### Primera carta

#### Cómo se habituó a la Presencia de Dios

Ya que deseáis tan encarecidamente que os exprese el método por el que yo he alcanzado el sentido habitual de la Presencia de Dios, el cual a nuestro Señor, con su misericordia, le ha placido otorgarme, debo deciros que es con gran dificultad que me he dejado persuadir por vuestra importunidad; y ahora lo hago a condición de que no mostréis mi carta a nadie. Si supiera que ibais a permitir que la vieran, ni aun todo el deseo que tengo para vuestro avance espiritual me determinaría a hacerlo. Lo que puedo deciros es que:

Habiendo encontrado en muchos libros diferentes métodos de llegar a Dios y diversas prácticas para la vida espiritual, descubrí que esto más me serviría para desconcertarme que para encauzarme en el camino en el cual tenía puestas mis miras, que no era sino el de llegar a ser enteramente de Dios.

Esto me decidió a dar el todo por el todo; así, después de haberme entregado enteramente a Dios, quien pagó por mis pecados, yo renuncié, por el amor de Dios, a todo lo que no fuera El, y empecé a vivir como si no existiera otra cosa más que Él y yo en el mundo. Algunas veces me consideraba delante de El como un pobre delincuente a los pies de su juez; yo le contenía en mi corazón como a mi padre, como a mi Dios. Yo le adoraba lo más frecuentemente posible, preservando mi mente en su Santa Presencia, retractándola tantas veces como la encontraba alejada de Él. No encontraba ningún dolor en este ejercicio, e incluso continuaba, a pesar de todas las dificultades que acontecían, sin preocuparme o intranquilizarme cuando mi mente se había extraviado involuntariamente. Hice de esto mi tarea, tanto durante todo el día como durante el período dedicado a la oración; porque en todo momento, cada hora, cada minuto, en el punto culminante de mi

tarea, yo desterraba de mi mente todo lo que pudiera interrumpir mi comunicación con Dios.

Tal ha sido mi práctica usual desde que me inicié en la religión; y aunque la he hecho imperfectamente, he encontrado grandes ventajas. Estas, lo sé muy bien, se atribuyen meramente a la misericordia y bondad de Dios, porque no podemos hacer nada sin El, e incluso menos que nada. Pero, cuando somos fieles en conservarnos en Su Santa Presencia y tenerle siempre presente, esto no sólo impide que le ofendamos y hagamos cualquier cosa que pueda molestarle, al menos intencionadamente, sino que también suscita en nosotros una santa libertad, y si se me permite hablar de esta manera, una intimidad con Dios, con la cual pedimos, en forma satisfactoria, el amparo que necesitamos. Finalmente, repitiendo a menudo estos actos, éstos se convierten en algo habitual, y la Presencia de Dios se constituye como algo natural en nosotros. Dadle gracias, si éste es vuestro deseo, conmigo, por su gran bondad hacia mí, la cual nunca podré apreciar suficientemente por los muchos favores que Él ha otorgado a un pecador como yo. Que todas las cosas le gloríen. Amén.

Quedo en nuestro Señor.

## **Segunda Carta**

Diferencia entre él y aquellos que siguen otros métodos. Perseverancia en la fe. Este estado no es una ilusión o engaño.

No encontrando mi forma de vivir en los libros, aunque no tenía ningún problema al respecto, más que nada para mayor afianzamiento, me complacería saber vuestros pensamientos con relación a esto.

En una conversación mantenida hace algunos días con una persona piadosa, ésta me dijo que su vida espiritual era una vida de gracia, que comenzaba con un miedo servil, que se incrementaba por la esperanza de la vida eterna y se consumaba mediante el amor puro; que cada uno de estos estados tiene

diferentes etapas, mediante las cuales se llega al final, a esa bendita consumación.

Yo no he seguido todos estos métodos. Al contrario, sin saber qué es lo que me mueve, he encontrado que me desaniman. Esta es la razón por la cual, al iniciarme en la religión, resolví entregarme a Dios como la mayor recompensa que podía dar por mis pecados, y, por amor a Él, renunciar a todo lo demás.

En los primeros años, yo me ocupaba durante el tiempo dedicado a la oración privada, pensando en la muerte, el juicio, el infierno, el cielo y mis pecados. Así continué durante algunos años, destinando mi mente el resto del día, e incluso en medio de mis quehaceres, a la presencia de Dios, a quien yo siempre creía conmigo, tanto como dentro de mí.

Finalmente, casi de manera imperceptible, comencé a hacer lo mismo durante el tiempo dedicado a la oración, lo cual causó en mí gran gozo y consuelo. Esta práctica produjo en mí tan alta apreciación de Dios que sólo la fe era capaz de contentarme en este estado.

Tal fue mi comienzo; e incluso debo decir que sufrí mucho durante los primeros diez años. El temor de no estar consagrado a Dios como era mi deseo, los pecados cometidos siempre presentes en mi mente, y los grandes e inmerecidos favores que Dios me concedía, eran la causa y el origen de mis sufrimientos. Durante este período yo caía a menudo y me levantaba al poco tiempo. Me parecía que los seres, la razón y Dios Mismo estaban en mi contra, que solamente contaba con la fe. Algunas veces me perturbaba la idea de que todos estos favores que había recibido no eran sino fruto de mi presunción, la cual pretendía llegar en un momento donde otros llegaban con gran dificultad; otras veces que todo era una ilusión y que no había salvación para mí. Cuando sólo pensaba en terminar mis días con estas perturbaciones (lo cual no disminuía la esperanza que tenía depositada en Dios y que solamente servía para aumentar mi fe), me encontré súbitamente transformado; y mi alma, que hasta ese momento estaba conturbada, sintió

inundarse con una profunda oleada de paz, como si ella estuviera en su seno y lugar de descanso.

Desde ese momento, camino simplemente en presencia de Dios, con fe, humildad y amor; me entrego diligentemente a hacer sólo lo que a Él le contente. Espero que cuando yo haya hecho lo que pueda, El haga conmigo lo que tenga a bien.

No puedo expresar el estado actual de mi espíritu. No tengo pesar o dificultades al respecto, porque no tengo más voluntad que la de Dios, la cual me esfuerzo en cumplir en todas las cosas, y a la que estoy tan entregado que yo no levantaría una paja del suelo si Él no me lo permitiere, o por otra razón, sino puramente por la del amor a Él.

He abandonado todas las formas de devoción y oraciones preestablecidas excepto a las que mi estado me obliga. Y las adopto sólo para perseverar en su Santa Presencia, en la que me conservo por una simple atención y un cariñoso recuerdo de Dios, algo que a menudo me proporciona interiormente, y a veces también exteriormente, gozos y éxtasis tan grandes que tengo que usar medios para reprimirlos e impedir que los demás lo noten.

En resumen, puedo asegurar sin duda alguna; que mi alma ha estado con Dios durante estos treinta años. Omito muchas cosas para no resultar tedioso; sin embargo, creo conveniente informaros de qué manera me considero en Presencia de Dios a quien venero como a mi Rey.

Me considero como el más miserable de los hombres, lleno de heridas y corrupción, y que ha cometido todo tipo de delitos en contra de su Rey; conmovido por un

verdadero pesar, yo le confieso mis pecados y le pido su perdón, me entrego a Sus manos para que El haga lo que crea conveniente conmigo. Este Rey, lleno de misericordia y bondad, en vez de castigarme, me abraza con Su amor, me hace comer a Su mesa, me sirve con Sus propias manos, dándome la llave de Sus tesoros; El conversa y, sin cesar, se complace conmigo, en

miles de formas, y me considera Su favorito. Así es como me considero a veces en su Santa Presencia.

Mi método más habitual es esta simple atención e intensa veneración a Dios; a quien me encuentro atado con tan gran dulzura y deleite como la de un niño al pecho de su madre; por lo cual, si se me permite la expresión, debería llamar a este estado el seno de Dios, por la inexpresable dulzura que allí se experimenta. Si algunas veces mis pensamientos se alejan por necesidad o enfermedad, mi espíritu se invade interiormente de un ímpetu tan sublime y delicado que me avergüenza mencionarlos. Deseo que vuestra Reverencia reflexione más sobre mi gran miseria, de la que habéis sido suficientemente informado, que sobre los grandes favores que Dios me otorga siendo tan indigno e ingrato como soy.

En cuanto a las horas dedicadas a la oración, sólo son una continuación del mismo ejercicio. Algunas veces me considero a mí mismo allí como una piedra ante un escultor de la que él va a formar una estatua; presentándome de esta manera ante Dios, yo le suplico que moldee su perfecta imagen en mi alma y que me haga enteramente como El mismo.

En otros momentos, cuando me dedico a la oración, siento como si mi espíritu y mi alma entera se elevasen, continuando así como si estuvieran suspendidos y fijados firmemente en Dios, como en su centro y lugar de descanso.

Sé que algunos censuran este estado por su inactividad, engaño y amor propio. Confieso que es una inactividad santa, y sería un feliz amor propio si el alma en ese estado fuera capaz de ello; porque, en efecto, mientras está en reposo, el alma no puede ser disturbada por las acciones tal como estaba antes acostumbrada, y que eran antes su apoyo, pero que ahora serían más estorbo que ayuda.

Pero, no puedo soportar que se le llame engaño porque el alma, la cual en este estado se complace en Dios, no desea nada más que a Él. Si esto es un

engaño en mí, a Dios corresponde remediarlo. Que El haga lo que le contente conmigo; yo solamente le deseo a Él y estar enteramente consagrado a Él.

Me agradecería, sin embargo, si me dierais vuestra opinión, por la que siempre he tenido una gran deferencia, puesto que tengo a vuestra Reverencia en singular estima, y soy vuestro en nuestro Señor.

### **Tercera carta**

Para un soldado a quien él anima a confiar en Dios

Tenemos un Dios que es infinitamente bondadoso y que conoce todos nuestros deseos. Siempre he creído que Él podría apaciguar vuestras preocupaciones. El vendrá en la hora fijada y cuando menos lo esperéis. Confiad en El más que nunca. Démosle gracias juntos por los favores que os concede, particularmente por la fortaleza y paciencia que Él os da en vuestras aflicciones; esto es una sencilla prueba de cómo Él os cuida. Confortaos en El y dadle gracias por todo.

También admiro la valentía y fortaleza de: . Dios le ha otorgado una buena aptitud y una buena voluntad; pero todavía hay en él algo de este mundo y bastante de juventud. Espero que la aflicción que Dios le ha enviado pueda servirle como remedio para que pueda profundizar más en sí mismo. Es conveniente encomendarle que deposite toda su confianza en Aquel que le acompaña a todas partes. Aconsejémosle que tenga presente a Dios tan a menudo como le sea posible, especialmente en las ocasiones de mayor peligro. Basta alzar un poco el corazón; un leve recuerdo de Dios, un acto de recogimiento interior, incluso en la marcha y con la espada en la mano, son oraciones que, aunque breves, agradan a Dios, y que en lugar de mermar el coraje del soldado en los momentos de peligro, ayudan, de la mejor manera, a fortificarlo.

Que piense en Dios tanto como le sea posible; que se acostumbre, paulatinamente, a este ejercicio. Nadie se percata de ello y nada es más fácil

que reiterar cada día estos actos internos de adoración a Dios. Recomendadle, si así lo deseáis, que en lo posible tenga siempre presente a Dios en la manera que he indicado. Esto es muy conveniente y muy necesario para un soldado que está diariamente expuesto a los peligros de la vida, y a menudo de su salvación. Espero que Dios le asista a él y a toda su familia, los cuales me tienen a su disposición, siendo suyos y vuestro.

#### **Cuarta carta**

Cuenta sus experiencias en tercera persona, y anima a la persona a quien escribe a perseverar incesantemente en la práctica de la Presencia de Dios.

He tomado esta oportunidad para transmitir los sentimientos de uno de nuestra comunidad respecto a los admirables efectos y continua ayuda que él recibe de la Presencia de Dios. Aprovechémonos vuestra merced y yo de éstos.

Debéis saber que su continua preocupación, durante estos últimos años que ha pasado en la religión, ha sido la de estar siempre con Dios y no hacer, ni decir, ni pensar nada que pudiese descontentarle; y esto sin otras miras sino simplemente por amor a Él y porque El merece infinitamente más.

Él está tan acostumbrado a esta Divina Presencia que recibe su continuo socorro en todas las ocasiones. Durante treinta años, su alma se ha henchido de gozos tan continuos y, a veces tan grandes, que se ha visto obligado a disponer de los medios necesarios para reprimirlos y evitar que pudiesen manifestarse externamente.

Si algunas veces se aparta de la Divina Presencia, Dios se hace sentir en su alma para recordársela; lo cual ocurre muy a menudo cuando está más atareado con sus asuntos exteriores. El responde fielmente a esa llamada interior mediante una elevación de su corazón hacia Dios; o mediante una apacible y tierna veneración dedicada a Él; o mediante palabras que demuestran su amor, como por ejemplo, «Dios mío, aquí estoy entregado a

Ti. Señor, hazme reflejo de tu corazón.» Y, entonces, le parece a él (tal como en efecto lo siente) que este Dios de amor, complacido con tan pocas palabras, reposa otra vez y descansa en lo más; profundo de su alma. La experiencia de estas cosas le ofrece tal seguridad de que Dios siempre está en el fondo de su alma que ni por un momento sería capaz de dudarle.

Juzgad por esto de que satisfacción y gozo disfruta, cuando está continuamente encontrando en sí mismo tan gran tesoro. Ya no lo busca ansiosamente sino que lo tiene presente delante de él, pudiendo tomar lo que quisiere de éste.

Él se queja mucho de su ceguera y proclama a menudo que debemos tener lástima de nosotros mismos por contentarnos con tan poco. «Dios», dice él, «tiene un tesoro infinito para ofrecer y nosotros nos confortamos con un breve y fugaz acto de fervor.» Ciegos como somos, estorbamos a Dios, detenemos el flujo de su gracia. Pero, cuando El encuentra un alma henchida de una fe viva, derrama en ella copiosamente su gracia y sus dones; allí ellos brotan como un raudal, el cual después de ser obstruido forzosamente en contra de su curso ordinario, cuando ha encontrado un camino, se extiende con gran impetuosidad y abundancia.

Sí, nosotros a menudo detenemos este raudal por causa del escaso valor que le concedemos. Pero, no lo detengamos más; dejemos que penetre en nosotros y rompa la loma que estorba su paso. Demos lugar a la gracia; rescatemos el tiempo perdido, porque quizás ya no nos quede mucho. La muerte nos sigue de cerca; estemos preparados para ella; porque sólo morimos una vez y un error allí es irreparable.

Lo repito de nuevo, entremos en nosotros mismos. No queda mucho tiempo y no podemos perder un momento. Nuestras almas están en peligro. Creo que vuestra merced ya habrá tomado las medidas necesarias y que no seréis sorprendida. Os encomiendo por ello; es la única cosa necesaria. Debemos, sin embargo, laborar siempre en su favor, porque él no avanzar en la vida espiritual significa volver atrás. Pero aquellos que tienen el soplo del Espíritu Santo siempre caminan adelante, incluso en sueños. Si el bajel de nuestra

alma sigue siendo arrastrado por vientos y tempestades, despertemos al Señor, quien reposa en ella, y El calmará rápidamente al mar.

Me he tomado la libertad de impartiros estos buenos sentimientos, que podéis comparar con los vuestros propios. Estos podrán servir para avivarlos e inflamarlos, si por desventura (lo cual Dios perdona porque sería verdaderamente un gran infortunio) están, aunque nunca hasta tal punto, enfriados. Recordemos juntos nuestro primer fervor. Aprovechémonos de los sentimientos de este hermano, que es poco conocido en el mundo, pero conocido de Dios y extremadamente halagado por El. Oraré por vuestra merced; orad por mí, que quedo vuestro en nuestro Señor.

### **Quinta Carta**

Oración para una hermana que está a punto de hacer los votos. Tierna insistencia en la necesidad y la virtud en la práctica de la Presencia de Dios.

He recibido en este día dos libros y una carta de la hermana que está preparándose para hacer los votos y, ante tal ocasión, desea las oraciones de vuestra comunidad, y las vuestras en particular. Me he percatado de que ella cuenta con éstas; os suplico que no la defraudéis. Rogad a Dios que ella pueda hacer su sacrificio, considerando solamente el amor de Dios y con la firme resolución de entregarse enteramente a Él.

Os enviaré uno de estos libros que tratan de la Presencia de Dios, un tema que abarca toda la vida espiritual; y, según yo creo, todo aquel que la práctica debidamente llegará a ser espiritual.

Sé que para una auténtica práctica, el corazón debe vaciarse de otras cosas, porque Dios solo poseerá el corazón; y, como Él no puede poseerlo solo sin que antes se desaloje de todo lo demás, así pues, Él no puede actuar allí y hacer lo que le contente, al menos que se deje libre para El.

No existe en el mundo otra clase de vida más dulce y grata que aquella de continua conversación con Dios. Sólo aquellos que la practican y

experimentan pueden comprenderla; mas, no aconsejo que se haga por ese motivo. No es placer lo que debemos buscar en este ejercicio; hagámoslo teniendo el amor como principio y porque así Dios nos tendría a nosotros.

Si yo fuera un predicador, predicaría por encima de todas las cosas la práctica de la Presencia de Dios, y si fuera un regente, aconsejaría a todo el mundo que lo hiciera, tan necesaria pienso que es, y tan fácil al mismo tiempo.

¡Ah! Si nosotros supiéramos el anhelo que tenemos de la gracia y el socorro de Dios, nunca perderíamos la visión de Él, no, ni por un momento. Creedme, tomad inmediatamente la firme resolución de no olvidarle nunca más, intencionalmente, y pasar el resto de vuestros días en su Santa Presencia, despojada, por amor a Él, si Él lo juzga conveniente, de todos los placeres.

Dedicaos de todo corazón a esta obra, y si lo hacéis como debéis, os aseguro que pronto recibiréis sus efectos. Os ayudaré con mis oraciones, pobres como son.

Me encomiendo encarecidamente a vuestra merced y a los miembros de vuestra santa comunidad.

### **Sexta Carta**

A la madre superiora, la cual ha recibido un libro de él, y a quien anima en la práctica y perseverancia de la Presencia de Dios.

He recibido de la Sra. lo q (x) que vuestra merced le disteis para mí. Me asombra que no me expresaréis vuestra opinión acerca del librito que os envié y el que debéis haber recibido. Orad y atended con sinceridad a la práctica de éste en vuestra avanzada edad; pues, «más vale tarde que nunca».

No puedo imaginarme cómo las personas religiosas pueden vivir satisfechas sin la presencia de Dios. Por mi parte, yo me mantengo en retiro con El, tanto como puedo, en la profundidad del centro de mi alma; y mientras estoy de

esa manera con El, a nada temo, pero me es intolerable el más mínimo alejamiento de Él.

Este ejercicio no fatiga el cuerpo; es conveniente, sin embargo, despojarlo algunas veces, más que eso, a menudo, de muchos pequeños placeres los cuales son inocentes y lícitos, ya que Dios no permite que un alma que desea dedicarse enteramente a Él pueda recibir otros tipos de goces además de con El: esto es más que razonable.

No estoy diciendo que, por tanto, debemos imponernos severas cohibiciones. No, debemos servir a Dios con una libertad santa, tenemos que: realizar nuestras tareas fielmente, sin ansiedad o intranquilidad, llamando nuestras mentes a Dios con suavidad y sosiego, tan a menudo como creamos que nos alejamos de Él.

Es necesario, no obstante, que depositemos nuestra entera confianza en Dios, dejando a un lado todas las otras preocupaciones, e incluso algunas formas particulares de devoción que, aunque sean muy buenas en sí, muy a menudo nos entretienen excesivamente, porque esas devociones sólo son medios para alcanzar la meta. De esta manera, mediante el ejercicio de la Presencia de Dios, nosotros estamos con Dios, quien es nuestra meta, no tiene sentido volver a esos medios; sino que podemos continuar con El nuestra relación de amor, perseverando en su; Santa Presencia, ya mediante un acto de adoración, de alabanza o de anhelo, ya mediante un acto de entrega o acción de gracias, y en todas las formas que nuestro espíritu sea capaz de concebir.

No os desaniméis por la contrariedad que por naturaleza os pueda esto producir, debéis aplicaros con suma diligencia. Al principio piensa que es tiempo perdido, pero debéis seguir adelante y estar dispuesta a perseverar en ella hasta la muerte, a pesar de todas las dificultades que puedan sobrevenir. Me encomiendo a las oraciones de vuestra santa comunidad, y a las vuestras en particular.

Soy vuestro en nuestro Señor.

## **Séptima carta**

Anima a una señora a que en su avanzada edad viva y muera con Dios.

Me compadezco mucho de vuestra merced. Sería conveniente si dejarais el cuidado de vuestros asuntos a y pasarais el resto de vuestra vida en alabanza a Dios.

Él no requiere gran cosa de nosotros; un breve recuerdo de Él, de vez en cuando, un poco de adoración; a veces pedir su gracia, algunas veces ofrecerle vuestros sufrimientos y otras, darle gracias por los favores que Él os ha concedido, y que todavía os concede, en el medio de vuestras preocupaciones, y consolaros en Él lo más a menudo que podáis. Elevad vuestro corazón a Él, algunas veces incluso en las comidas y cuando estéis en compañía; el más breve recuerdo será siempre bien recibido por El. No necesitáis implorar en voz alta. Él está más cerca de nosotros de lo que nos imaginamos.

No es necesario para estar con Dios estar siempre en la iglesia; nosotros podemos hacer un templo de nuestros corazones en el que podamos retirarnos de vez en cuando para conversar con El con mansedumbre, amor y humildad. Cada cual es capaz de tan íntima conversación con Dios, algunos más, otros menos. El conoce de lo que somos capaces. Empecemos pues, quizás El no espera sino una generosa resolución de nuestra parte. Tened ánimo. No nos queda mucho tiempo de vida; vuestra merced tiene cerca de sesenta y cuatro años, y yo casi ochenta. Vivamos y muramos con Dios. Los sufrimientos nos serán apacibles y gratos mientras estemos con El; y los gozos nos parecerán, sin El, un cruel castigo. Que todos le bendigan a Él. Amén.

Acostumbraos pues, paulatinamente, a adorarle a Él, a implorar su gracia, a ofrecerle, de cuando en cuando, vuestro corazón, en medio de las tareas, e incluso a cada momento, si os es posible. No os limitéis estrictamente a ciertas reglas o formas particulares de devoción, sino que obrad con entera

confianza en Dios, con amor y humildad. Vuestra merced puede asegurar a de mis pobres oraciones y de que soy su siervo, y vuestro en particular.

### **Octava carta**

Respecto a los pensamientos vagos que impiden nuestra entrega en la oración.

No me decís nada nuevo; vuestra merced no es la única que está perturbada con vagos pensamientos. Nuestra mente es extremadamente errante; pero como la voluntad es la dueña de todas las facultades, ella debe atraerlos y dirigirlos a Dios como su última meta.

Cuando la mente, por falta de disciplina al iniciarnos en la devoción, ha contraído ciertos malos hábitos de divagación y extravío, éstos son difíciles de vencer y usualmente nos arrastran, incluso en contra de nuestra voluntad, a las cosas terrenales.

Creo que el remedio para esto es confesar nuestras faltas y humillarnos delante de Dios. No os aconsejo que utilicéis multiplicidad de palabras en la oración. Muchas palabras y largas conversaciones son a menudo causa de divagación. Manteneos en oración delante de Dios como un mendigo mudo y paralítico ante la puerta de un hombre rico. Que nuestra preocupación sea la de conservar nuestra mente en la presencia del Señor. Si algunas veces ésta divaga y se aparta de Él, no os intranquiliéis por ello; la perturbación y el desasosiego sirven más para distraer a la mente que para apaciguarla de nuevo. Si perseveráis en este hábito, Dios tendrá piedad de vuestra merced.

Una manera de atraer con facilidad de nuevo a la mente en el momento de la oración y conservarla apaciguada es no permitir que divague demasiado lejos en otros momentos. Debéis mantenerla estrictamente en la presencia de Dios; y estando acostumbrada a pensar en Dios a menudo, encontraréis fácil conservarla en calma en el momento de la oración, o al menos hacerla volver de sus divagaciones.

Ya os he dicho largamente, en mis cartas anteriores, de las ventajas que pueden sobrevenir de esta práctica de la presencia de Dios. Dedicuémonos a ella con seriedad y oremos el uno por el otro.

### **Novena carta**

Adjuntando una carta para una hermana. Temor de no haber respondido a los favores recibidos de Dios. La presencia de Dios, nuestro apoyo más eficaz.

La carta adjunta es una respuesta a la que recibí de (x); os suplico que se la entreguéis. Ella parece estar llena de buena voluntad pero quisiera avanzar más rápida que la gracia. No se llega a ser santo en un momento. Yo os la encomiendo. Debemos ayudarnos los unos a los otros con nuestros consejos y, más aun, con buenos ejemplos. Os estaría muy reconocido si me permitieseis saber de ella de vez en cuando, y si persevera en fervor y obediencia.

Pensemos con frecuencia que nuestra labor en la vida es complacer a Dios, que todo lo demás no es sino insensatez y vanidad. Vuestra merced y yo hemos vivido unos cuarenta años nuestra experiencia religiosa. ¿No los hemos empleado en amar y servir a Dios, quien por Su misericordia nos ha llamado a este estado y para ese fin? Yo estoy lleno de encomio y confusión cuando reflexiono, por un lado, en los grandes favores que Dios me ha otorgado y que incesantemente continúa otorgándome; y por otro lado, en el mal uso que he hecho de ellos y mi escaso avance en el camino de perfección.

Ya que mediante Su misericordia Él nos da todavía algún tiempo, iniciémonos encarecidamente, recuperemos el tiempo perdido, volvamos llenos de confianza en ese Padre de misericordia, que siempre está preparado para aceptarnos con cariño. Renunciemos, renunciemos generosamente, por amor a Él, a todo lo que no sea El mismo. El merece infinitamente más. Pensemos perpetuamente en El. Depositemos nuestra confianza en El. No tengo ninguna duda de que pronto notaremos sus efectos, al recibir la

abundancia de su gracia, con la cual podemos realizar todas las cosas y sin la que no haríamos otra cosa sino pecar.

No podemos escapar a los peligros que abundan en la vida sin la ayuda real y continua de Dios; pidamos pues sin cesar por ésta. ¿Cómo podremos estar con El si no es pensando frecuentemente en El? Y, ¿cómo podremos pensar en El con frecuencia si no es mediante el santo hábito que debemos crearnos de ello? Diréis que siempre estoy diciendo lo mismo. Es verdad, porque éste es el método más fácil que conozco; y como yo no utilizo ningún otro, aconsejo a todo el mundo que lo haga. Debemos conocer, antes de poder amar. Para conocer a Dios, debemos pensar en El con frecuencia, y cuando conseguimos amarle, también tendremos pues que pensar en El a menudo, porque nuestro corazón está con nuestro tesoro. Este es un argumento que merece vuestra consideración.

### **Decima carta**

Con dificultades pero doblé su voluntad para escribir como se le pidió. La pérdida de un amigo nos puede conducir al conocimiento de Otro Amigo.

Me ha sido muy difícil poder concentrarme para escribir al Sr. (x) y lo hago ahora puramente porque vuestra merced y la Sra. (x) así me lo rogáis.

Os suplico que escribáis las señas y le mandéis esto a él. Me contenta mucho la confianza que depositáis en Dios; desearía que El la acrecentase más y más en vuestra merced. Nunca será demasiada la confianza si se tiene en un Amigo tan bondadoso y fiel, el cual nunca nos defraudará ni en este mundo ni en el venidero.

Si el Sr. (x) se vale de la pérdida que ha sufrido y deposita toda su confianza en Dios, Él le concederá otro amigo más poderoso y más inclinado a servirle.

El dispone de los corazones de la manera que tiene a bien. Quizás el Sr. (x) estaba demasiado unido a aquél que ha perdido. Debemos amar a nuestros amigos pero sin usurpar el amor de Dios, el cual debe ser el más importante.

Os suplico que tengáis presente lo que os he recomendado, lo cual es pensar con frecuencia en Dios, de día, de noche, en nuestros quehaceres, e incluso en las distracciones. Él siempre está cerca de vuestra merced y con vuestra merced; no lo dejéis solo. Admitiríais que es descortés dejar solo a un amigo que ha venido a visitarnos, ¿por qué, entonces, debe ser Dios menospreciado?

No lo olvidéis pues, sino pensad en El a menudo, adoradle continuamente, vivid y morid con El. Esta es la gloriosa ocupación de un cristiano. En pocas palabras, ésta es nuestra ocupación; si no la sabemos debemos aprenderla. Procuraré ayudaros con mis oraciones, siendo vuestro en nuestro Señor.

### **Undécima carta**

A quien sufre a causa de su enfermedad. Dios es el Médico del cuerpo y del alma. El sufriría con agrado si así es la voluntad de Dios.

No pido a Dios que se os alivien vuestros pesares sino que le ruego fervorosamente que os dé paciencia para soportarlos el tiempo que Él tenga a bien. Confortaos en El quien os mantiene atada a la cruz. Él os desatará cuando lo crea conveniente. Dichosos aquellos que sufren con El; acostumbraos a sufrir de esta manera y buscad en El la fuerza para sobrellevar los pesares con la intensidad y durante el tiempo que El juzgue necesario. Aquellos que aman al mundo no comprenden estas verdades; pero esto no me sorprende, porque ellos sufren tal como son y no como cristianos.

Ellos conciben la enfermedad como una dolencia propia de la naturaleza y no como un favor que procede de Dios; y la ven solamente bajo esa perspectiva; no hallan en ella sino pesadumbre y aflicción. Más aquellos que conciben la enfermedad como procedente de la mano de Dios, como una consecuencia

de su misericordia y como los medios que El provee para su salvación, por lo común, encuentran en ésta gran dulzura y consuelo.

Desearía que os percatarais de que Dios está a menudo más cerca de nosotros y con una presencia más real en la enfermedad que en la salud. No confiéis en otro médico porque, según yo creo, Él se reserva vuestra curación para El mismo. Depositad toda vuestra confianza en El y pronto notaréis sus efectos en vuestro restablecimiento, el cual a menudo demoramos al confiar más en los remedios que en Dios.

Cualquier remedio que utilicéis causará su efecto sólo hasta el extremo que Él lo permitiere. Cuando los pesares vienen de Dios, solamente Él puede curarlos. El a menudo nos manda enfermedades del cuerpo para sanar aquéllas del alma. Confortaos con el Médico soberano del cuerpo y del alma.

Presiento que diréis que gozo de sosiego, que como y bebo a la mesa del Señor. Tenéis razón; mas, ¿no creéis que sería pesaroso para el más grande pecador de este mundo el comer a la mesa del rey y ser servido por él, y con todos los favores estar sin la certeza del perdón? Creo que él se sentiría con tal desasosiego que nada podría apaciguarle sino solamente su confianza en la bondad de su soberano. De este modo, yo os aseguro que cualquier manjar que saboree a la mesa de mi Rey, a pesar de mis pecados, siempre presentes delante de mí, y de la incertidumbre del perdón, me atormenta, aunque en verdad este tormento es en sí mismo complaciente.

Contentaos con la condición en la que Dios os ha puesto; a pesar de lo feliz que me creéis, os envidio. Las penas y los sufrimientos me serían un paraíso si debo padecerlas con mi Dios; y los más grandes gozos me serían un infierno si las experimento sin Él. Todo mi consuelo sería sufrir algo por El.

Debo, en poco tiempo, ir a Dios. Lo que me conforta en esta vida es que ahora yo le veo a El mediante la fe; y lo veo de tal manera que a veces me digo, «yo no creo más, veo.» Siento lo que la fe nos enseña y en la seguridad y esa práctica de la fe; yo viviré y moriré con Él.

Continuad, pues, siempre con Dios; éste es el único sostén y consuelo para vuestra aflicción. Le imploraré que esté con vuestra merced. Os presento mis servicios.

### **Duodécima carta**

A la misma persona, aconsejándole que busque alivio mediante la fe.

Si estuviéramos acostumbrados al ejercicio de la presencia de Dios, todas las enfermedades del cuerpo serían aliviadas. A menudo, Dios permite que suframos un poco para purificar nuestras almas y animarnos a perseverar en El.

Cobrad ánimo, ofrecedle, constantemente, a El vuestras penas; pedidle que os dé fuerzas para soportarlas. Habituaos, por encima de todo, a mantener una conversación constante con Dios y a olvidarle lo menos que podáis. Alabadle en vuestras enfermedades, ofreceos a El de vez en cuando y, en el mayor rigor de vuestros sufrimientos, suplicadle con afecto y humildad— como un niño a su padre—que os otorgue el amparo de su gracia y que os haga conforme a Su santa voluntad. Yo os auxiliaré con mis humildes oraciones.

Dios tiene muchas maneras de allegarnos a Él. Y Algunas veces, Él se oculta de nosotros; pero la fe sola, la cual no nos desampara en la necesidad, debe ser nuestro consuelo y la base de nuestra confianza, la cual debe estar en Dios.

No sé cómo Dios dispondrá de mí. Yo siempre estoy feliz. El resto del mundo sufre y yo, que merezco el más severo de los castigos, disfruto de gozos tan constantes y tan intensos, que casi no puedo contenerlos.

Le rogaría deseoso a Dios que me otorgara parte de vuestros sufrimientos, pero conozco mi flaqueza, la cual es tan grande, que si El me dejara un momento a mi sola merced, yo sería el más desgraciado de los hombres. Sin embargo, no sé cómo puede dejarme solo, porque la fe me da una convicción

tan firme como la que los sentidos pueden dar, de que Él nunca nos abandona hasta que nosotros lo abandonamos primero a Él. Tengamos temor a abandonarle. Estemos siempre con El. Vivamos y muramos en Su presencia.

Orad por mí como yo lo haré por vuestra merced.

### **Decimotercera Carta**

A la misma persona, a quien exhorta a que deposite su entera confianza en Dios.

Me apena veros sufrir durante tanto tiempo; lo que me da sosiego y mitiga los sentimientos que tengo de vuestras aflicciones es que éstas son pruebas del amor de Dios hacia vuestra merced. Miradlas desde ese modo y las podréis soportar más fácilmente. En vuestro caso, yo opino que debéis cesar los remedios humanos y confiaros a la providencia de Dios; quizás aguarda solamente esa resignación y confianza absoluta en El para sanaros. Ya que, a pesar de vuestros cuidados, el remedio ha resultado hasta ahora infructuoso y que, al contrario, el mal ha aumentado, no sería tentar a Dios el abandonaros en sus manos y esperar todo de Él.

Os dije en mi última carta que El, algunas veces, permite las enfermedades del cuerpo para curar las destemplanzas del alma. Tened, pues, ánimo; haced una virtud de vuestra necesidad. No le roguéis a Dios el alivio de vuestras dolencias sino fuerzas para soportarlas con firmeza, por amor a Él, todo lo que Él tenga a bien y durante el tiempo que El crea conveniente.

Tales peticiones son, en realidad, un poco contra la naturaleza, pero más agradables a Dios y complacientes para aquellos que le aman. El amor mitiga las penas; y cuando se ama a Dios, se sufre por El con gozo y firmeza. Hacedlo así, os lo suplico; confortaos en El, quien es el único médico de nuestros males. Él es el Padre del afligido, siempre dispuesto para ayudarnos. Él nos ama infinitamente más de lo que nos imaginamos; amadle pues, y no

busquéis consuelo en ningún otro lugar. Confío en que pronto lo recibiréis. Adiós.

Os ayudaré con mis oraciones, pobres como son, y seré siempre vuestro en nuestro Señor.

### **Decimocuarta Carta**

Gratitud a Dios por el alivio de los pesares de esta persona. Su propia cercanía a la muerte en alguna ocasión, más su consuelo en los sufrimientos.

Le doy gracias a nuestro Señor por haberos dado un poco de alivio, tal como deseabais. Yo he estado muchas veces a punto de morir, aunque nunca estuve tan satisfecho como entonces. Por consiguiente, no imploré ningún alivio, sino que pedí las fuerzas para sufrir con firmeza, humildad y amor. ¡Qué dulce es sufrir con Dios! Por muy grandes que puedan ser los sufrimientos, aceptadlos con amor. Es un paraíso sufrir y estar con Él; de modo que, si en esta vida queremos gozar de la paz del paraíso, debemos habituarnos a una conversación íntima, humilde y cariñosa con El; debemos impedir que nuestro espíritu se desvíe de El en ocasión alguna. Debemos hacer de nuestro corazón un templo espiritual en donde adorarle incesantemente. Debemos vigilarnos continuamente para que no hagamos o digamos nada que pueda ofenderle. Cuando nuestras mentes están así dedicadas a Dios, el sufrimiento se convierte en plenitud de gracia y consuelo.

Sé que, para alcanzar este estado, es muy difícil el comienzo, porque debemos obrar sencillamente con la fe. Pero, aunque es difícil, sabemos también que podemos hacer todas las cosas con la gracia de Dios, la cual El nunca niega a aquellos que se la piden con fervor. Llamad, perseverad en la llamada, y yo puedo responder de ello, que Él os abrirá a Su debido tiempo y os otorgará lo que Él ha demorado durante tantos años. Adiós.

Oradle por mí, como yo le oro por vuestra merced.

Espero estar pronto en Su presencia.

### **Decimoquinta Carta**

Desde su lecho de muerte. Nos exhorta a que amemos a Dios tanto en los sufrimientos como en los placeres.

Nadie sabe mejor lo que nos es necesario y todo lo que El hace es para nuestro bien. Si nosotros supiéramos cuánto nos ama, estaríamos siempre como lo amargo. Todo lo que venga de Él debe complacernos. Las aflicciones más dolorosas sólo nos parecen intolerables cuando las vemos bajo una luz equívoca. Cuando las vemos como procedentes de la mano de Dios, cuando sabemos que es nuestro Padre amoroso quien nos abate; y congoja, nuestros sufrimientos perderán su aspereza y llegarán a ser incluso una vía de consuelo.

Que toda nuestra dedicación sea conocer a Dios; cuanto más se le conoce, más se le desea conocer. Y como el conocimiento sencillamente la medida del amor, cuanto más profundo y grande es nuestro conocimiento, más grande es nuestro amor; y si nuestro amor a Dios es grande, debemos amarle tanto en los sufrimientos como en los placeres.

No nos atribuyamos el buscar o el amar a Dios por los favores, por muy sublimes que sean, que nos haya concedido o pueda concedernos. Tales favores, por muy grandes que sean, no nos pueden llevar tan cerca de Dios como mediante un simple acto de fe. Él está con nosotros; no le busquéis en ningún otro lugar. ¿No seremos rudos y culpables si le dejamos solo para ocuparnos con fusilerías, las cuales no le complacen y quizás le ofendan? Es de temer que estas fruslerías puedan costarnos caras algún día.

Empecemos a dedicarnos a Él con fervor. Desterremos lo demás de nuestros corazones. Que Él lo posea sólo. Imploradle este favor. Si hacemos lo que podemos por nuestra parte, pronto notaremos forjado en nosotros ese

cambio al que aspiramos. No puedo agradecer suficientemente a Dios por el alivio que Él os ha otorgado.

Espero de Su misericordia el favor de verle en pocos días.

Oremos el uno por el otro.